

THEOMAI n° 23

primer semestre 2011

first semester 2011



¿El descentramiento teórico del mundo del trabajo como forma de resistencia al neoliberalismo? Notas críticas sobre el fin del trabajo y la clase obrera

Cecilia Brenda Rossi¹

A modo de introducción

En un mundo fragmentado compuesto de 'sujetos descentrados', donde los conocimientos totalizadores son imposibles e indeseables, ¿qué otra clase de política existe aparte de una radicalización intelectualizada del pluralismo liberal? ¿Qué mejor escape, en teoría, de la confrontación con el capitalismo, el sistema más totalizador que haya conocido el mundo, que el rechazo del conocimiento totalizador? ¿Qué mayor obstáculo, en la práctica, a todo lo que esté más allá de las resistencias más locales y particulares a la fuerza global y totalizadora del capitalismo que el sujeto fragmentado y sin centro? ¿Qué mejor excusa para someterse a la fuerza mayor del capitalismo que la convicción de que su poder, si bien omnipresente, carece de origen sistémico, de lógica unificada, de raíces sociales identificables?"

Ellen Meiksis Wood, Democracia contra capitalismo.

Uno de los planteos más fuertes de la tradición liberal versa sobre la escisión entre la política y la economía, planteo que se renueva en el llamado neoliberalismo imperante desde el último cuarto del siglo XX. Al mismo tiempo, la esfera de la producción, donde se producen las relaciones de explotación, ha sido sistemáticamente invisibilizada por lo que puede denominarse la ciencia burguesa. La crisis de los llamados Estados de Bienestar, por su parte, pretendió enterrar el papel de la política dando un lugar central a la economía en tanto mercado. Este mismo proceso vio el crecimiento de enormes sectores de la población sin posibilidades

¹ CONICET - Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

materiales de reproducción dando lugar a una serie de estrategias de resistencia que, mirado a escala internacional, van desde los movimientos de desocupados y la recuperación de fábricas por sus trabajadores en plano doméstico, hasta las movilizaciones antiglobalización que se produjeron en países centrales, pasando por el levantamiento zapatista y el ascenso de los llamados movimientos sociales, por ejemplo en Bolivia. Sobre estas experiencias, a su vez, se produjeron diferentes lecturas y se pusieron en ellas diferentes aspiraciones.

El hecho de que varias de estas movilizaciones se produjeran por fuera de los espacios de producción, de la fábrica, llevó a los teóricos a debatir en torno de la centralidad del trabajo en la vida social y a poner “fuera de la fábrica” las potencialidades de superación del modo de producción capitalista que habían reposado sobre la clase obrera. Nociones como fin del trabajo y desaparición de la clase trabajadora, abundaron en el período en cuestión. Sin duda, gran parte de estas producciones teóricas, surgieron del amplio espectro de autores de izquierda y marxistas que, probablemente seducidos por la movilización popular, encontraron nuevos sujetos de transformación y ejercieron su propia resistencia problematizando las supuestas verdades legadas por los clásicos del marxismo.

Entre aquellas “verdades” cuestionadas, y a partir de un diagnóstico bastante extendido de los motivos del agotamiento del modelo de acumulación fordista, fundamentalmente la resistencia al trabajo mismo (Gorz, 1981, 1995, 1998; Holloway, 1988, entre otros), se encontraban las especificidades del modo de producción y las determinaciones que hacen a la organización de la sociedad. El trabajo, aunque suene paradójico, fue puesto en el centro de la crítica, y proclamar su finalización se convirtió en una suerte de militancia.

Gran parte de estos teóricos nutrieron, de esto no caben dudas, teórica y políticamente las resistencias que se generaron en los últimos veinte años. Sin embargo, olvidaron (y tal vez hicieron olvidar) el trabajo en tanto actividad, es decir, en su forma concreta de desplegarse en el modo de producción capitalista. Y con ello no sólo la problematización teórica y la centralidad del trabajo asalariado, sino sobre todo, el avance del capital en los ámbitos productivos. Bajo las nociones de desterritorialización del capital y desaparición de la cooperación en el sentido clásico la clase obrera perdía su peso y pasaban a ocupar su lugar, por ejemplo, las multiutudes y los nuevos movimientos sociales (Negri y Hardt, 2002), cobrando centralidad la noción de ciudadanía y olvidando que es el orden fabril civilizatorio quien provee las bases sólidas para la dominación material y cultural, lo que supone un sujeto a la vez asalariado y ciudadano (Figari, 2009)

Mientras tanto, el llamado neoliberalismo festejaba, por decirlo de alguna manera, la conquista de lo que había querido conseguir, la posibilidad de avanzar con pie de plomo sobre los trabajadores que cotidianamente producen la riqueza en el ámbito mismo de la producción. Remozadas técnicas de “administración científica” llevaron la ilusión de la democracia a la fábrica mientras crecían las tasas de desocupación y la desprotección en términos de derecho laboral que habían sido conquistas de los trabajadores al tiempo que crecía la productividad del trabajo.

La crítica de las determinaciones y la cabal comprensión del capital en tanto relación social llevaba a creer que bastaba con correrse de la relación social capitalista para que el capitalismo se derrumbara. De allí el énfasis puesto, por un lado, en el trabajo en su (llamado) sentido filosófico y antropológico (Gorz, 1998; Rifkin, 1996) y, por otro, en todas las experiencias que, basadas en la “autogestión”, habrían logrado salirse de la explotación. Llegó inclusive a proclamarse la “desenajenación” de los desocupados que creaban sus propios proyectos productivos “por fuera de la lógica del mercado” (Vommaro; 2009). Del mismo modo, todo lo que generara “movimiento” portaba en sí mismo la potencialidad del cambio sin importar ya la lucha de clases. Revolución devino en cambio social.

En este marco ¿cómo se consideraba al trabajador que día a día se presentaba en la fábrica? ¿Debía concluirse que era explotado sólo porque no comprendía que podía decidir no serlo? Esas lecturas, desde el punto de vista que aquí se pretende esbozar, presentan una enorme ingenuidad que hizo olvidar que los trabajadores que permanecían empleados estaban siendo objeto de cada vez mayores niveles de explotación. Es más, mientras se está debatiendo el fin del neoliberalismo, los derechos perdidos por la clase trabajadora no han sido recuperados.

En el presente trabajo no se pretende de ningún modo soslayar las acciones de resistencia que signaron los últimos treinta años de luchas populares (donde por ejemplo la acción de movimientos de desocupados impidió una caída más estrepitosa aún de los salarios), sino más bien criticar las posiciones teóricas que olvidaron el mundo del trabajo y que fueron postuladas como la resistencia teórica al neoliberalismo. La crítica de la determinación objetiva (que tendría como epicentro la economía) devino en su contrario: la determinación por la voluntad. De este modo, todo el problema de la transformación radicaría en la conciencia. Allí donde el liberalismo postula la separación entre lo político y lo económico, los teóricos del cambio social, sobrevaloran lo político (inclusive bajo la forma de estar “contra la política”) al ubicar las posibilidades del cambio en una cuestión de voluntad.

En tiempos más recientes, otro conjunto de autores² produjo una crítica de las posiciones que denominaron autonomistas y posmodernas (marxismo abierto) procurando, a partir de una relectura de Marx, reubicar al trabajo en el centro de la vida social. Sin embargo, al producirse en tanto debate teórico, no sólo olvidan el mundo concreto del trabajo sino que, al criticar el modo de producción capitalista, postulan la necesidad del fin del trabajo abstracto, como forma de terminar con las relaciones sociales caracterizadas por el fetichismo de la mercancía. Nuevamente, estas posiciones, no hacen más que realzar el problema de la conciencia y volver a perder de vista que el modo de producción es un modo de explotación que no se sostiene únicamente por la voluntad.

De esta forma, el presente trabajo, pretende ser un esbozo crítico de estas posiciones, con el objeto de poner en el centro de los estudios de las ciencias sociales, las formas en que el capital usa su principal recurso que es la fuerza de trabajo. Probablemente el conocimiento de las estrategias con las cuales produce su hegemonía permita aportar a una transformación.

Aproximación al problema

Como se señalaba en la introducción, el neoliberalismo se caracteriza por la preeminencia del mercado como principal organizador de las relaciones sociales. El avance de esta concepción durante el último cuarto del siglo XX dio nuevos lugares al papel del Estado, desplazándolo, del papel que le correspondió en el período histórico previo. Las estrategias neoliberales promovidas por los Estados actuaron crecientemente como una forma compulsiva que apuntaba a proveer un marco competitivo de interacción social en el ámbito global en las esferas tradicionales de la industria y también en muchos otros campos sociales como salud, educación y en la producción y acceso a los bienes públicos (De Angelis, 2009) Desde el punto de vista económico, el diagnóstico se presenta, para el caso de América Latina por ejemplo, como una apertura a la competencia externa, la desregulación de múltiples mercados, la privatización de activos del sector público y como un manejo más prolijo y cuidadoso de las variables fundamentales del ámbito macroeconómico y un nuevo clima de mayor disciplinamiento competitivo que fuerza a los agentes económicos individuales³ a modificar sus conductas

² Se trata de los autores nucleados en el colectivo denominado “marxismo abierto” como Ana Dinerstein, Simon Clarke y Werner Bonefeld, entre otros y Postone (2005, 2006 y 2007)

³ El problema del individualismo con el cual la economía ha abordado el problema social será retomado nuevamente, al momento de producir la crítica de las concepciones neoclásicas. Sin

tradicionales y a racionalizar su operatoria corriente en búsqueda de un mayor nivel de eficiencia y competitividad doméstica e internacional” (Frenkel y Fanelli, 1996)

Si bien desde el punto de vista de la crítica del neoliberalismo suelen ubicarse más o menos en el mismo nivel de importancia todas estas transformaciones, en el desarrollo que aquí se propone se considera que las que tienen un papel principal son las transformaciones en el ámbito del trabajo y que, inclusive, todas las degradaciones que se operaron en términos de derechos constituyen una consecuencia de ello. De manera diferente lo han concebido quienes llevaron la voz cantante de la resistencia en el campo económico al liberalismo, que encontró que lo que se producía era un descentramiento del trabajo en la vida social. Resulta curioso en este sentido que lo que niega la teoría crítica es justamente lo que realzan los voceros del cambio neoliberal.

El abandono de las relaciones sociales al ámbito del mercado, dio por resultado que masas de la población quedaran, por ejemplo, sin empleo. Las estrategias desplegadas –en general por los sectores populares- frente al deterioro de las condiciones de existencia fueron múltiples, dando lugar a un repertorio de acciones que llamaron la atención de los estudiosos de la sociedad. Fábricas recuperadas por sus trabajadores, movimientos de desocupados y una miríada de experiencias autogestivas ocuparon el centro de los estudios sobre las formas de enfrentar las nuevas lógicas que asumía la organización social (que devendría también en crisis, pero que en su momento de apogeo representó el triunfo del capital).

De un lado el posmodernismo encontró el fin de los grandes relatos, de la Historia, del proletariado como clase universal y de toda posibilidad de transformación resultando de ello una posición de conformismo. Del otro, la izquierda encontró en algunas manifestaciones de resistencia la negación misma de la propiedad privada, por ejemplo en las fábricas recuperadas por sus trabajadores, o al nuevo sujeto de la revolución en las organizaciones de trabajadores desocupados. Por su parte, en los países centrales, muchos autores reabrieron viejos debates sobre el trabajo y los sujetos de la transformación.

La historia del mundo moderno muestra que la crítica ha sido generada desde el interior mismo de la lógica del trabajo capitalista. Estas críticas han buscado aliviar su lógica brutal (reformismo) o transformar la imposibilidad de su arreglo (revolución). El concepto de tercera vía (Giddens, 1998), la noción del “fin de la historia” (Fukuyama, 1995) y el “fin de la sociedad del trabajo” (Gorz, 1981, 1995; Offe, 1985; Rifkin, 1996) constituyen ejemplos anticríticos que, constituyéndose como posiciones reformistas, no emergieron en un vacío político y económico, sino que forman parte de un proceso de reestructuración que ha emergido en la crisis del mundo capitalista iniciada en los años 70, cuya reestructuración ha implicado no sólo la desregulación y reestructuración del marco jurídico y económico que soporta el trabajo capitalista, sino también la deconstrucción del entorno teórico en el cual solíamos pensar estas cuestiones. Los resultados han sido una mayor expansión capitalista que llevó a una creciente inestabilidad y a una crisis teórica. Desde este punto de vista, parece haber un vínculo entre la forma en la que el capital se expande actualmente y la crisis de la teoría social (Dinerstein y Neary, 2009). Estas afirmaciones e ideas son muy importantes en la caracterización y dimensionamiento del problema. Por un lado, lo que se denomina corriente reformista, ha tomado los argumentos

embargo conviene esbozar que el sujeto de la economía es el individuo. Como sostiene Ellen Meiksins Wood (1997, p. 243), “la aparición de este individuo aislado tuvo –huelga decirlo- su lado positivo, cuyas implicaciones emancipatorias son subrayadas por la doctrina liberal, con su concepto constitutivo (¿mito?) del individuo soberano. Pero había también otra faceta. En cierto sentido la creación del individuo soberano fue el precio pagado por la ‘multitud trabajadora’ para entrar a la comunidad política; o, para ser más exactos, el proceso histórico que dio origen al capitalismo y al asalariado moderno, ‘libre e igual’, fue el mismo en el cual el campesino fue desposeído y desarraigado...”

neoclásicos (unidimensionales) y los otros, han profundizado en el carácter abstracto del debate. Esa radicalización es la que los lleva a perder todas las determinaciones y a encontrar posibilidades de superación del modo de producción capitalista en acciones que no fueron más que resistencias a la pérdida de la relación social general, o bien a que los Estados recuperaran el papel social que habían cumplido en un momento histórico inmediatamente anterior.

Mientras tanto, como se sugiere más arriba, las necesidades de flexibilización de la fuerza de trabajo, seguían degradando e intensificando las condiciones en las que quienes podían hacerlo, estaban siendo explotados. Con su afán de crítica, como modo de resistir al neoliberalismo y encontrar en ello la posibilidad del fin de la explotación, se ha cuestionado la centralidad del trabajo en la vida social, y se ha olvidado, sobre todo, a los millones de trabajadores cuyos cuerpos son, cotidianamente, consumidos productivamente por el capital. Varias de las lecturas postularon la pérdida de materialidad del trabajo, los cambios en las formas en que el capital lo consume y han puesto de relevancia las formas alternativas de organización “política” que, al trascender el trabajo, presentarían potencialidades mayores en tanto superadoras del capitalismo. En este sentido, la puesta en relevancia de los “movimientos sociales” puede entenderse como una sobrevaloración de la “política” en detrimento de las determinaciones económicas, como si posponer la determinación económica a una última instancia infinitamente distante fuera la superación de los determinismos⁴ y, con ello, la comprensión de la imposibilidad transformadora de la clase obrera.

El liberalismo, postula, pues, la primacía de la economía por sobre la política, particularmente la no intervención de la política sobre la economía. Es decir que debe dejarse funcionar al mercado como lo que es, un asignador natural de recursos. En general, además, es lo que suele criticársele. Lo que se pretende problematizar en el presente trabajo es que muchas de las críticas han optado por dar preminencia a lo político, olvidando o soslayando las determinaciones que intervienen en la organización social, contribuyendo de este modo, a invisibilizar lo que el neoliberalismo quiso quitar de la superficie: el ámbito de la producción, de la explotación y del poder; pues un modo de explotación constituye una relación de poder. Ocurre que el mercado es la “parte” del sistema que es universalmente experimentada y sobre la que todos los sujetos pueden dar cuenta. Es la parte obvia, la visible, la que permanentemente aparece y es en esa experiencia cotidiana que surgen las poderosas categorías del pensamiento burgués legal, político, social y filosófico (Hall, 1998).

Con el fin de ordenar la exposición se hará un repaso de la posición neoclásica y la marxiana respecto del trabajo, para luego adentrarse en la problematización propuesta.

La noción neoclásica del trabajo

El rigor de que goza dicha teoría no ha de conducir a equívocos [...] Es el rigor de una construcción teológica, que no sale del mundo de las ideas, tanto más alejada de la realidad cuanto más estricta es [...] El objetivo de la teoría es expresar la esencia despojándola de

⁴ Resulta interesante al respecto el desarrollo que hace Stuart Hall (1998) en torno del problema de la ideología: “Comprender la determinación en el sentido del establecimiento de límites y parámetros, en la definición del espacio de operaciones, las condiciones concretas de existencia, lo ‘dado’ de las prácticas sociales, en vez de considerar la determinación en términos de una absoluta predictibilidad de resultados particulares [...] Sería preferible pensar en la determinación en **primera** instancia, ya que el marxismo es, sin duda, correcto cuando, contra todos los idealismos, insiste en que ninguna práctica social o conjunto de relaciones flota libre de los efectos determinantes de las relaciones concretas en que está situada. Sin embargo, la ‘determinación en última instancia’ ha sido durante largo tiempo el repertorio del sueño o la ilusión de una certeza teórica”.

cualquier tipo de contingencia; las instituciones las interacciones sociales, los conflictos, etc., son escorias que hay que eliminar para poder descubrir el comportamiento económico en estado puro”

Michel Aglietta. Regulación y crisis del capitalismo.

La mencionada escisión entre política y economía encuentra su origen, en términos de representación teórica, en el liberalismo. Aquellos argumentos y explicaciones recobran fuerza durante el último cuarto del Siglo XX, revitalizando la corriente más ortodoxa del pensamiento económico: la corriente neoclásica. A las nuevas formas políticas agrupadas bajo el concepto de “neoliberalismo” le correspondieron, en el plano teórico, los axiomas desplegados a lo largo de una paciente y sostenida construcción que, agazapada en los momentos de fuertes intervenciones estatales en el designio económico, se encontraba presta a reaparecer con remozados argumentos. A pesar de las correcciones y agregación de supuestos, el planteo de la economía del establishment siguió basándose en el sujeto con racionalidad maximizadora como unidad de análisis y como garantía de un equilibrio general que redundaba en bienestar social.

Esta concepción (conocida también como escuela o corriente marginalista), evita las nociones de propiedad, remitiéndose únicamente a la dimensión horizontal de las relaciones sociales, es decir al ámbito del mercado, lo que aparece en la superficie. De este modo, si los individuos actúan racionalmente para obtener su mayor satisfacción posible, la sociedad alcanza su equilibrio y, al mismo tiempo, el bienestar. Las relaciones sociales se producen por agregación de conductas optimizadoras sin ningún tipo de intervención “artificial” que pueda distorsionar la libertad de los individuos en sus roles de empresarios y consumidores. El imperio del mercado, donde actúan los individuos libres de cualquier determinación histórica, no debe ser obstruido por políticas que se convertirían en exógenas por la introducción de variables y dimensiones ajenas al desarrollo de la economía. Por el contrario, problemáticas de la talla de la distribución y el bienestar deben resolverse de manera endógena. De este modo, definida como ciencia del comportamiento humano fuera de cualquier tipo de condicionamiento social, la teoría económica dominante no puede dejar de ser extraña a la historia. Sus planteamientos no pueden dejar de ser normativos. Se trata pues de una construcción teológica, que no sale del mundo de las ideas, tanto más alejada de la realidad cuanto más estricta es. De este modo, la pureza se alcanza a través de la elaboración del concepto de precio, único y suficiente vínculo entre todos los sujetos racionales sometidos al común condicionamiento de la escasez (Aglietta, M: 1986). Sin embargo, el comportamiento de los mercados de trabajo, la competencia capitalista, la creciente pobreza, e inclusive las crisis, no pueden explicarse simplemente por las leyes del intercambio⁵.

El Estado mismo, forma de organización a la que se somete la clase dominante (Marx, K. Engels, F: 1973) aparece como flotando en un éter que no tiene relación con la vida económica: las nociones de estructura y poder, en el mismo sentido, se configuran como absolutamente ajenas a las cuestiones de la vida social. Sin embargo, esta teoría se erige como sustento de un repertorio de políticas de desregulación y *laissez faire* fundando nuevas relaciones y modos de organizarse las relaciones de producción y reproducción. Efectivamente el pensamiento ortodoxo que concitó el consenso hegemónico a nivel global durante el último cuarto del Siglo

⁵ Este problema, planteado en términos muy generales, tiene sus consecuencias en los intentos por combinar análisis micro y macroeconómicos. Sobre todo cuando la relación micro-macro se realiza sobre “microfundamentos” de la macroeconomía, cuyo propósito es estudiar cómo, a partir de las conductas individuales determinadas por una estructura micro dada (recursos, tecnología, gustos y estructuras de mercados), pueden fundamentarse las proposiciones más importantes de la macroeconomía. De este modo, el problema macroeconómico se convierte en un epifenómeno de las conductas micro, explicable, por ende, en el marco de una teoría general basada sólo en principios de conducta referidos a cada agente individual. En definitiva, se trataría de fallas en la coordinación de agentes individuales (Fanelli, J. y Frenkel, R.: 1996)

XX descuidó los concretos específicos y universalizó sin matices un sistema de hipótesis y conclusiones que constituyó el andamiaje de ideas y conceptos que sostuvieron las políticas de liberalización en el centro y la periferia (Wierzbna, G: 2007)⁶

Sobre esta base, varios de los debates inaugurados en el período de posguerra fueron obturados (debates tales como la planificación y el desarrollo dentro del pensamiento progresista). El producto probablemente menos grave de esta cancelación se refiere al estancamiento en la producción teórico política de alternativas, el más grave, masas crecientes de la población mundial sumidas en la pobreza como contracara de procesos crecientes de concentración de capital. Es que lo que puede aparecer a simple vista como una teoría científica neutral, acarrió consecuencias en todas las políticas que signaron el llamado neoliberalismo. Bastaría hacer un repaso de las sugerencias de los organismos multilaterales de crédito en relación a la pobreza para divisar la concepción ontológica de los sujetos como individuos que no se insertan en estructuras que los determinan, sin cuestionar, por lo demás, las fuentes productoras de pobres.

Desde una perspectiva histórica, que consiste en atender a las múltiples determinaciones que configuran la vida social, el problema es bastante más complejo. Efectivamente, aislar variables de corte económico sin atender a las formas que asumen las relaciones sociales constituye un problema en el punto de partida. Dicho de otro modo, escindir las relaciones necesariamente imbricadas entre economía y Estado imposibilita una explicación racional y consecuentemente, inhibe la posibilidad de alternativas a los modelos planteados hacia fines del Siglo XX.

Con todo, que el descentramiento del trabajo y la producción haya sido producido por las caracterizaciones neoclásicas no llama para nada la atención, pues desde el punto de vista neoclásico, la organización económica de la sociedad no es un problema de producción de riquezas sino de escasez (claro que no se pregunta por la producción de bienes escasos). El trabajar o no trabajar, desde este punto de vista, no depende de una necesidad, sino de un placer. De este modo, la oferta de trabajo se genera en un mapa de indiferencia donde ocio y trabajo pueden ser preferidos: el individuo procede a una elección de horas de trabajo y horas de ocio de acuerdo al placer y el displacer que esto le provoca. Si la pérdida de placer por trabajar no se viera compensada por el ingreso (y consecuentemente el consumo) que ello le reporta, decidiría no trabajar. De este modo, el desempleo se presenta como un hecho “voluntario” devenido de las elecciones que realizan los individuos en condiciones de competencia perfecta. Si se verificara desempleo involuntario, entonces no se están cumpliendo las condiciones del mercado. Frente a eso, nuevamente el mercado debe cobrar preeminencia para volver al equilibrio.

El problema es justamente que, postulándose como antagónicas a estas posiciones, la crítica producida por autores devenidos (en su mayoría) del marxismo cayeron en la misma concepción. Esto puede verse –simplificando- en dos versiones. Por un lado, los que ya no encuentran en el ámbito de la producción de riqueza el aspecto central del modo de producción

⁶ Respecto de los problemas de equilibrio, el Banco Mundial y el Consenso de Washington presentan, hacia fines de los `80 y comienzo de los `90 una posible lectura sobre la forma en que las relaciones micro y macro podrían superar el desequilibrio macroeconómico y entrar en un proceso de crecimiento autosostenido: La apertura de la economía a la competencia externa y la desregulación de los mercados deberían eventualmente llevar a que los agentes económicos individuales se acostumbraran a operar en base al verdadero costo de oportunidad de los recursos, constituyendo ello condición necesaria y suficiente como para que dichos agentes alcanzaran de manera descentralizada la maximización del beneficio social. En este sentido, el decálogo del consenso de Washington incluye: disciplina fiscal, reforma tributaria, liberalización financiera, equilibrio cambiario, liberalización comercial, privatización de la actividad productiva, garantía de derechos de propiedad, desregulación de múltiples mercados, incluido el laboral, etc. En este contexto la intervención del Estado debería limitarse a corregir imperfecciones de mercado, por ejemplo, flexibilizando los mercados laborales y desincentivando la acción sindical (Katz, J.: 1996)

(y que en el mejor de los casos consideran que el trabajo sigue existiendo como “actividad creativa”, reivindicando el sentido filosófico y antropológico del trabajo); por el otro, los que considerando una supuesta centralidad del trabajo en la vida social, revisan y “regresan” al “verdadero Marx” –contra las deformaciones del marxismo tradicional- para concluir que todo el problema (o gran parte de él) radica no en el trabajo, sino en el trabajo abstracto, confundiendo el gasto material de cuerpo humano con el valor.

Se volverá más detenidamente sobre este punto en el desarrollo del presente escrito, pero antes conviene repasar las condiciones en las que los hombres producen su propia vida en el modo de producción capitalista.

Ordenando los elementos⁷

“El acento que él [Marx] puso en las relaciones sociales como punto de partida para el análisis de las sociedades, continua definiendo una de las raras alternativas frente al individualismo metodológico”

Robert Boyer, La teoría de la regulación: un análisis crítico

Hay muchas formas concebibles de organizar un sistema social de producción, pero lo cierto es que toda sociedad tiene un medio de asignar el trabajo social y distribuir el producto social de manera que asegure la reproducción de las relaciones sociales en las que se producen (Clarke, 2009). De allí que este debate debe partir, necesariamente, de reconocer las determinaciones más primarias que hacen a la organización de la vida social, esto es, de las formas de organizarse el trabajo total de la sociedad. Ocurre que, no por muy conocidas las determinaciones más simples deben dejar de ser reconocidas en cuanto se quiere avanzar sobre algunas de sus formas concretas (Hegel; 1992) Una comprensión materialista del mundo es, pues, una comprensión de la actividad social por medio de la cual los seres humanos interactúan con la naturaleza en la producción de las condiciones de vida. Es, al mismo tiempo, una comprensión histórica que reconoce que los productos de la actividad social se convierten en fuerzas materiales, no menos que lo que está dado por la naturaleza (Wood, 1997)

Así, pues, lo específico del ser genérico humano reside en su capacidad para transformar al medio en uno para sí mediante el trabajo. La historia natural humana, por ello, no es más que la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. En tanto proceso de trabajo necesariamente social el primer problema que enfrenta toda sociedad humana es cómo asignar su capacidad total para realizar trabajo productivo a las distintas formas concretas que este trabajo adopta. Al estar portada en cada individuo, dicha capacidad total de trabajo sólo puede organizarse a través de las relaciones que éstos establecen entre sí, sus relaciones sociales. La producción mediante empresas individuales, es una forma concreta específica de organizarse la vida social.

Sin embargo, en el modo de producción capitalista no existen relaciones directas entre los individuos: los trabajos individuales toman la forma de privados e independientes los unos de los otros; esto significa que nadie puede controlar el proceso de trabajo ajeno, nadie puede decir a otro qué hacer, o sea qué parte alícuota del trabajo social debe realizar. Bajo esta forma específica los miembros de la sociedad se enfrentan unos a otros como individuos libres no quedándole más relación social por establecer que la que puede resultar del intercambio de los productos de sus trabajos individuales. De este modo, la coordinación general de los distintos

⁷ Este apartado se desarrolla en base a Marx, 1994, Tº I, II y III.

trabajos concretos se realiza de manera indirecta a través de la cambiabilidad de los productos del trabajo. Esto es, en el modo de producción capitalista, la unidad de la producción y el consumo sociales se establece en el mercado: allí es donde los individuos se enfrentan a su interdependencia social; donde se enfrentan a la necesidad de producir valor como el único medio para reproducir sus propias vidas. De este modo, su propia capacidad productiva como parte alícuota del trabajo social se le enfrenta como algo que le es por completo ajeno y que lo domina, como una capacidad que no le pertenece sino al producto de su trabajo, como una potencia enajenada en la mercancía. Su libertad es la forma concreta en que se realiza efectivamente dicha enajenación de sus propias potencias sociales. Pues sólo porque se enfrentan a sí mismos como individuos libres e independientes los unos a los otros es que la organización de la producción social queda portada en la forma de valor que adoptan los productos de sus trabajos. Dicho de otro modo, la enajenación de la capacidad para regular el propio proceso de vida individual como parte del proceso de metabolismo social se realiza a través del ejercicio de la propia libertad individual.

La producción de valor tiene su forma acabada en la transformación del dinero en capital. En el movimiento del capital, el dinero que abre el ciclo de la producción social no tiene más finalidad que la producción de plusvalor. Este movimiento ubica al capital como el sujeto concreto de la vida social, como el sujeto enajenado de la producción y el consumo sociales. La producción de valor a través de valor mismo sólo se puede realizar mediante el adelanto de valor para la compra de la propia capacidad para producir valor, esto es de la capacidad para realizar trabajo productivo. Pero para que dicha capacidad tome la forma social de mercancía, la condición de individuos libres debe haberse extendido para los trabajadores respecto de los medios de producción para poner en acción su propia capacidad individual de trabajo para producir mercancías. Los trabajadores en el modo de producción capitalista, son libres no sólo porque se enfrentan a su producto como algo ajeno y que lo domina sino también porque lo hacen respecto de los propios medios de producción. El trabajo total de la sociedad pasa a realizarse, de este modo, bajo la forma de unidades colectivas de trabajo: las empresas propiedad de los capitalistas individuales.

Como personificación del capital el capitalista tiene a su cargo no sólo la coacción permanente sobre el obrero colectivo a fin de extraerle hasta la última gota de plusvalor, asimismo tiene a su cargo tanto la organización misma del proceso de trabajo como la realización de capital valorizado en la circulación, esto es, la venta de las mercancías.

En este modo específico de organizarse la vida social, el consumo necesario de los trabajadores para reproducir su propia vida natural tiene por condición la venta de su capacidad para trabajar al capitalista. La posibilidad de que esa venta se produzca tiene, a su vez, relación directa con los cambios en la materialidad del proceso de trabajo. Si la introducción de la maquinaria no se ve compensada por un aumento más rápido de la acumulación de capital respecto del crecimiento vegetativo de la población obrera, de modo de absorber a la porción de la clase obrera efectivamente desplazada, ésta se determina como sobrante para la valorización del capital, como sobrepoblación relativa. Al mismo tiempo, otro factor que juega permanentemente en los cambios en los procesos de trabajo es la reorganización misma, puesto que la competitividad de las empresas se decide en torno a sacar partido de la mejor combinación posible entre innovaciones tecnológicas e innovaciones organizacionales (Coriat, 1982; 1992).

Sobre este punto resulta adecuado recurrir a los desarrollos teóricos sobre marginalidad. Allí se destaca que el capitalismo produce, desde un enfoque general, superpoblación relativa, pero que ésta se expresa de diferentes formas según la fase que atraviesa la producción y reproducción del capital. En la fase monopolística del capital la parte de la superpoblación relativa no cumple efectos funcionales respecto del capital se constituye en masa marginal. Este concepto se diferencia del de ejército industrial de reserva en la medida en que es afuncional o disfuncional al movimiento del capital (Nun, 2001). De todas maneras, “marginal”, no significa desde este punto de vista “capitalísticamente inútil”, pues un análisis de la estructura del sistema

dependiente revelaría que si esa masa de trabajadores marginales es excesiva para mantener la tasa de explotación es a la vez el correlato de la existencia misma del sistema y, en tanto tal, útil y necesaria (Marín, 1968).

Aunque el capitalismo es el primer modo de producción que rige mundialmente, su unidad orgánica sólo se realiza tomando forma en procesos de acumulación de capital recortados nacionalmente. Por ello, la acción revolucionaria consciente sobre cualquier fenómeno social concreto no se puede detener en el conocimiento de las determinaciones más generales del modo de producción capitalista dando por supuesta su realización inmediata para cada hecho particular. Debe avanzar, por el contrario, en conocer el desarrollo de la forma nacional específica en la que su objeto tiene lugar.

Con todo, lo que interesa remarcar en este apartado tiene que ver con la forma que necesariamente debe asumir el producto del trabajo en el modo de producción capitalista. Esto es, la forma de valor. Aquel producto del trabajo que no logra un equivalente en el mercado no podrá demostrar que fue un trabajo socialmente útil. Este punto es de relevancia a los fines del debate propuesto: que el producto de un trabajo privado e independiente sea socialmente inútil significa que no sirve para otros, es decir que no ha acreditado ser un valor de uso social. Sin embargo, esa no utilidad social no le quita el carácter de ser producto de un trabajo privado e independiente, el producto de una actividad orientada a un fin, y, en tanto eso, una cantidad de trabajo abstracto en tanto gasto de músculo, nervio y cerebro. Siendo el producto de un trabajo abstracto no ha devenido necesariamente valor. Esto es, trabajo abstracto es diferente de valor.

Valor y Trabajo abstracto

“Así, pues, marxismo ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni `fe` en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura `safrada`. En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de `superarlo` o `corregirlo` han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo”.

Georg Lukacs, Historia y Conciencia de Clase.

Varias de las lecturas que se postularon como presentando la lucha teórica al neoliberalismo, lo que significaba al mismo tiempo, enfrentarse a los teóricos del fin del trabajo, tomaron la decisión de releer a Marx con el objetivo de encontrar, en su origen, los motivos del fracaso de la clase obrera. Una de las cosas que surgieron de dichas revisiones fue que en realidad el problema se encuentra en lo que se denomina “marxismo tradicional” que no habría hecho otra cosa que distorsionar al propio Marx. El espectro de marxistas tradicionales es bastante amplio y va desde Rosa Luxemburgo y Lenin, pasando por los revisionistas de principios del siglo XX, el propio Engels y sin duda los manuales stalinistas rusos. Sin embargo, curiosamente no se ubica dentro del llamado marxismo tradicional al soviético Rubin. Es más, gran parte de las revisiones y relecturas de la obra de Marx están hechas a partir de la lectura de Rubin (1987) y como él confunden el trabajo abstracto con el valor⁸. La dificultad de esta afirmación trae consecuencias importantes: toda cristalización de trabajo humano se constituye inmediata y necesariamente en valor, esto es, deviene mercancía sin asumir la forma de valor que es la propia manifestación en el intercambio y, a raíz de ello, se ubica la enajenación del hombre en

⁸ Para este debate pueden consultarse Marx (1994, Tº 1), Astarita (2004) cap. 2 e Iñigo Carrera, J. (2007) Tercera parte.

el modo de producción capitalista no en que su metabolismo se encuentra mediado por la producción de valor sino por el trabajo abstracto, lo que lleva a pensar, inmediatamente en la necesidad de terminar con el trabajo.

Un conjunto de autores entró en esa vía, pero otro conjunto que sigue sosteniendo que sin trabajo no hay vida, postuló la necesidad del fin del trabajo abstracto, como si por un lado existiera trabajo concreto y por otro trabajo abstracto, y todo esto sin entrar a considerar la problematización del trabajo inmaterial.

En este terreno de la resistencia desde la crítica, y sin poner en tela de juicio su afán sincero por encontrar vías de superación del modo de producción capitalista, se perdieron de vista las determinaciones que hacen al modo de producción mismo y con ello, la centralidad del trabajo y de, sobre todo, la clase trabajadora que siguió y sigue siendo explotada con remozadas técnicas y sistemas organizacionales y de concepción que no hacen sino aumentar la productividad del trabajo, al tiempo que disputan al mismo tiempo el consentimiento de los explotados.

Algunos estudiosos definieron al neoliberalismo como un proyecto capitalista desutópico, cuya característica más saliente no era la de promover el desguace del Estado, flexibilizar al trabajo o “modernizar” a los sindicatos, sino la celebración del fin de los sueños sociales (Dinerstein y Neari, 2009) postulando la centralidad del trabajo en la vida social pero planteando una militancia contra el trabajo abstracto, inclusive contra el trabajo abstracto en tanto categoría. Parafraseando al propio Marx (1973) no se hizo más que combatir frases contra frases sin preguntarse por la realidad de la clase trabajadora. Tras la sentencia teórica de la resistencia al trabajo mismo, que habría dado por resultado la crisis del modelo de acumulación fordista, la teoría se olvida de los trabajadores. Dicho en otros términos, si bien se sostiene que la dependencia de la sociedad global del trabajo capitalista es una de las realidades insoslayables del mundo moderno” (*Ídem*) este tipo de afirmaciones luego se ponen en cuestión a sí mismas, al momento de explicar por qué y al tomar como problema central la cuestión del concepto (que en el mejor de los casos es un problema de representación) y no la realidad misma.

En el libro “El trabajo en Debate” un conjunto de autores plantea la lectura que aquí se critica. Se citará in extenso a los fines de ejemplificar la posición:

Estudios detallados del trabajo bajo el capitalismo no han podido encarar adecuadamente este problema. El debate del denominado proceso laboral responde al idealismo del marxismo ortodoxo, con estudios detallados de la forma de dominación mediante las que el trabajo es subyugado al capital dentro de la “caja negra” del lugar de trabajo (para una visión general de este debate véase Paul Thompson, 1989). Una importante contribución de Braverman (1974) ha sido la de destacar la importancia de la división entre el trabajo manual e intelectual como un momento importante en la determinación de la forma y límites de la conciencia de la clase trabajadora. Desde luego, en el contexto de sus comentarios sobre la “proletarización”, Braverman es reconocido en gran parte por haber enfatizado la importante relación entre el proceso de trabajo y la clase (Taylor, 2009)

Señala el mismo autor que para Braverman, la degradación del trabajo de oficina y técnico la forma proletaria se afirma gradualmente y se imprime sobre la conciencia de los trabajadores de cuello blanco (*Idem*) y continúa:

Esto ilustra el esencialismo ontológico, central para la conceptualización del trabajo en ese análisis, en el que la subjetividad del trabajo está determinada por la unidad o separación objetiva de concepción y ejecución dentro del proceso

capitalista de trabajo. Mientras este autor (Braverman) ha sido criticado de modo oportuno por ignorar los determinantes subjetivos de la conciencia de clase y del lugar de trabajo, la conceptualización del trabajo en sus análisis realizados a posteriori ha seguido siendo unilateral y fundamentada en una ontología esencialista del trabajo. Se ha centrado el foco en la forma en que los trabajadores son manipulados ideológicamente por ideologías gerenciales (Fox, 1985; Nichols, 1980), o en la forma en que los trabajadores generan una adhesión psicológica a aspectos particulares de la organización del trabajo (Burawoy, 1979; Edwards, 1979) (*Idem*)

Como puede verse, en nombre de una suerte de combate contra el determinismo, se dan por tierra gran parte de los avances que se produjeron en tratar de dilucidar las formas concretas que asumieron el control y la disciplina en los lugares de trabajo. A estos avances (Braverman, Burawoy, etc.) se los considera en tanto enfoques que comparten la hipótesis de que la subordinación concreta del trabajo dentro del proceso laboral producirá una forma esencialmente pura de conciencia proletaria, que de alguna manera es diluida y socavada tanto por la práctica y la ideología gerencial como por los factores exógenos al proceso laboral (Taylor, 2009).

El enfoque del proceso de trabajo desarrollado por el marxismo ortodoxo está basado en una conceptualización unilateral del trabajo en esencia como trabajo concreto. El problema de la conciencia dual sólo puede ser resuelto investigando el desarrollo de la conciencia individual en el contexto de la totalidad social de la relación capital (*Idem*)

Y más adelante agrega:

El proceso de producción es simultáneamente un proceso de valorización: la autoexpansión del capital dinero. El contenido social e histórico de la valorización fue investigado por Marx como plusvalía: la generalización del trabajo-mercancía y la subordinación del trabajo asalariado en el proceso capitalista de trabajo. Por consiguiente, la bifurcación del trabajo concreto y abstracto y la naturaleza esquizoide de la personalidad humana están basadas en la forma históricamente específica de la mediación social en la sociedad capitalista: el trabajo abstracto (*Idem*)

Y he aquí una de las conclusiones y su consecuente corolario político:

Lo que se infiere es que la lucha no consiste en reunir las formas concreta y abstracta de la conciencia alienada como parte de un proyecto obrerista por tomar el control de los medios de producción, sino la abolición del trabajo como la categoría mediadora central de la constitución social (*Idem*)

Estas luchas que se han desarrollado en oposición al neoliberalismo destacan la emergencia de una nueva forma de internacionalismo que está brotando desde la pluralidad de la resistencia a la imposición de la abstracción capitalista (De Angelis, 2000). Este internacionalismo concreto es diametralmente opuesto al viejo internacionalismo abstracto de la ideología socialista o comunista expresada por el partido. El nuevo anticapitalismo articula una conciencia de universalismo no abstracto o concreto. Trasciende la visión unilateral del laborismo y de la socialdemocracia como movimientos fetichizados de la particularidad, y el fetichismo de la totalidad espuria que apoya el asociacionismo de los nuevos

movimientos sociales centrados en un tema particular. En los nuevos espacios transnacionales del capitalismo global se está desarrollando un nuevo movimiento totalizante del trabajo: un internacionalismo anticapitalista fundado en la diversidad, la democracia y los derechos humanos universales que trasciende la conciencia limitada y parcial del movimiento obrero (*Ídem*)

Movimientos sociales, clase obrera y algunas conclusiones

Dado el diagnóstico a partir del cuestionamiento del trabajo abstracto y los límites históricos inherentes de la clase obrera de devenir en clase universal, las movilizaciones anticapitalistas (Seattle, Praga, Londres, Quebec, Gotteburgo) y contra la Unión Monetaria Europea (la Euromarcha) son vistas no sólo como reacciones a los límites de la globalización, sino como poniendo en cuestión a la indiferencia y con ello la posibilidad de recuperar la utopía (Cleaver, 2009; De Angelis, 2009; Dinestein, 2009) La dificultad histórica para estas luchas es cómo construir una crítica articulada contra la conceptualización posmoderna del trabajo capitalista, cuando el trabajo capitalista es aún el principio definitorio de la organización de la vida social.

Ocurre nuevamente que si bien se considera la centralidad del trabajo no se la considera en la forma concreta en que los trabajos deben asumir la forma de valor y en esa operación teórica se pierden las especificidades y determinaciones. Con esa pérdida de determinaciones cualquier forma de resistencia puede convertirse, potencialmente, en la superación misma del modo de producción. Se considera que si bien la lucha en el lugar de trabajo es considerada como un aspecto sumamente importante, no debe restringirse la lucha de clases a la lucha sobre los términos y condiciones del trabajo asalariado, pues se considera que la propia existencia es, en su esencia, lucha contra el capital (Holloway, 2009).

De este modo, la teoría instaló la tesis de que la fábrica había dejado de ser un espacio privilegiado para la organización y práctica política de las clases subalternas, y que el locus de la política “desde abajo” había pasado a ser el territorio local, que sin duda puede asentarse en la efectiva pérdida de protagonismo de los trabajadores ocupados en el conflicto político (Varela, 2009) Esta evidencia impidió ver que el trabajo asalariado siguió ocupando la centralidad de la vida pero ahora en condiciones aún peores. Se ha producido, efectivamente, disociación entre los estudios del llamado “mundo del trabajo” y los estudios de las denominadas “nuevas formas de acción colectiva o protesta social” creando de este modo la “ilusión de lo social” (*Ídem*). Desde la idea que se sostiene en este trabajo, esta “ilusión de lo social”, que se presenta como “antipolítica”, refuerza la preeminencia del aspecto de la voluntad por sobre las determinaciones del modo en que se organiza el trabajo social.

Lo que se ha pretendido, sencillamente, es cómo gran parte de la producción teórica que se presentó como crítica del liberalismo dejó desamparada a la clase trabajadora ocupada. Sin embargo, la historia se empeña en no acomodarse a las teorías y vuelven a escena los conflictos laborales y la organización sindical en el escenario del trabajo bajo su forma capitalista. Habrá que recuperar el tiempo perdido si de lo que trata es de conocer para transformar.

Referencias bibliográficas

AGLIETTA, Michel. **Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estado Unidos.** México. Siglo XXI Editores. 1986

ASTARITA, Rolando. **Valor, mercado mundial y globalización.** Buenos Aires. Ediciones Cooperativas. 2004

Boyer, Robert **La teoría de la regulación: un análisis crítico**. Buenos Aires. Editorial Hvmantas. 1989

CLARKE, S. “*La lucha de clases y la clase obrera: el problema del fetichismo de la mercancía*”, en DINERTEIN, Ana. y NEARY, Michael. (Comp.) **El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista**. Buenos Aires. Ediciones Herramienta. 2009

CORIAT, Benjamin. **El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa**. Madrid. Siglo XXI. 1982

CORIAT, Benjamin. **El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica**. México. Siglo XXI. 1992

DE ANGELIS, M. “*Hayek, Bentham y la máquina global del trabajo: la aparición del panóptico fractal*”, en DINERTEIN, Ana. y NEARY, Michael. (Comp.) **El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista**. Buenos Aires. Ediciones Herramienta. 2009

DINERTEIN, Ana. y NEARY, Michael “*De aquí a la utopía: en búsqueda de inspiración para el debate sobre el trabajo*”, en DINERTEIN, Ana. y NEARY, Michael. (Comp.) **El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista**. Buenos Aires. Ediciones Herramienta. 2009

FANELLI, José María y FRENKEL, Roberto. “*Estabilidad y estructura: Interacciones en el crecimiento económico*”. En KATZ, Jorge ed. **Estabilización macroeconómica, reforma estructural y comportamiento industrial. Estructura y funcionamiento del sector manufacturero latinoamericano en los años 90**. Buenos Aires. CEPAL-IDCR – Alianza Editorial. 1996

FIGARI, Claudia. “*Prácticas corporativas empresariales y disciplinamiento social/cultural: denaturalización y crítica a la pedagogía empresaria*”, en FIGARI, Claudia y ALVES, Giovanni (Org.): **La precarización del trabajo en América Latina. Perspectivas del capitalismo global**. Brasil. Editora Praxis. 2009

GORZ, Andre. **Adiós al proletariado (más allá del socialismo)**. Buenos Aires. Imago Mundi. 1989

GORZ, Andre. **Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crítica de la razón económica**. Madrid. Editorial Sistema. 1997

GORZ, Andre. **Misericordias del presente, riqueza de lo posible**. Buenos Aires. Paidós. 1998.

Hall, Stuart. “*El problema de la ideología: marxismo sin garantías*” en Revista **Doxa**, Año IX, Nº 18. 1998

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. **Fenomenología del espíritu**. Buenos Aires. Fondo del Cultura Económica. Buenos Aires. 1992

HOLLOWAY, John. “La rosa roja de Nissan”. En **Cuadernos del Sur** Nº 6, Buenos Aires. 1988

HOLLOWAY, John. “*Clase y clasificación: en contra, dentro y más allá del trabajo*” y “*Un marxismo reduccionista*” en DINERTEIN, Ana. y NEARY, Michael. (Comp.) **El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista**. Buenos Aires. Ediciones Herramienta. 2009

IÑIGO CARRERA, Juan. **Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. Volumen 1. La mercancía o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada.** Buenos Aires. Imago Mundi. 2007

KATZ, Jorge. “*Régimen de incentivos, marco regulatorio y comportamiento microeconómico*”. En KATZ, Jorge ed. **Estabilización macroeconómica, reforma estructural y comportamiento industrial. Estructura y funcionamiento del sector manufacturero latinoamericano en los años 90.** Buenos Aires. CEPAL-IDCR – Alianza Editorial. 1996

LUKACS, György. **Historia y Conciencia de Clase.** España. Grijalbo. 1969

MARÍN, Juan Carlos, NUN, José; MURMIS, Miguel. **La marginalidad en América Latina – Informe Preliminar.** Buenos Aires. Instituto Torcuato Di Tella. 1968

MARX, Carlos. y ENGELS, Federico. **La ideología alemana.** Buenos Aires. Ediciones Pueblos Unidos. 1973

MARX, Carlos. **El Capital. Crítica de la economía política.** México. Siglo XXI. 1994

NEGRI, Antonio. y HARDT, Michael. **Imperio.** Buenos Aires. Paidós. 2002

NUN, José. **Marginalidad y Exclusión Social.** Buenos Aires Fondo de Cultura Económica. 2001

POSTONE, Moishe y otros. **Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento del análisis sobre el trabajo.** Madrid. Bifurcaciones. 2005

POSTONE, Moishe. **Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx.** Madrid. Marcial Pons. 2006

POSTONE, Moishe. **Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo.** Madrid. Bifurcaciones. 2007

RIFKIN, Jeremy. *El fin del trabajo.* México. Paidós. 1996

TAYLOR, Graham “*Trabajo y subjetividad: repensar los límites de la conciencia obrera*” en DINERTEIN, Ana. y NEARY, Michael. (Comp.) **El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista.** Buenos Aires. Ediciones Herramienta. 2009

VARELA, Paula. “*Repolitización fabril. El retorno de la política de fábrica en la Argentina posdevaluación*”, en FIGARI, Claudia y ALVES, Giovanni (Org.): **La precarización del trabajo en América Latina. Perspectivas del capitalismo global.** Brasil. Editora Praxis. 2009

VOMMARO, Pablo. “*Territorio, subjetividades y producción social: Un acercamiento a algunas modalidades de organización en el capitalismo contemporáneo*”, en SCHNEIDER, Alejandro (Comp.) **Trabajadores. Un análisis sobre el accionar de la clase obrera argentina en la segunda mitad del siglo XX.** Buenos Aires Herramienta Ediciones. 2009

WIERZBA, Guillermo. **Documento de Trabajo N° 19: “Nuevas arquitecturas financieras regionales. Su institucionalidad y características”.** Buenos Aires CEFID-AR. 2007

WOOD, Ellen Meiksins. **Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico.** México. Siglo XXI Editores. 1997